



忠
勇
真

Disney

Mulan

Planeta
Junior

Disney
Mulan

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA JUNIOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Mulan Live Action Novelization*

Título en español: *Mulán. La novela*

Textos: Elizabeth Rudnick

Traducido por: Hugo López Araiza Bravo

Primera edición en formato epub: febrero de 2020

ISBN: 978-607-07-6470-7

Primera edición en México: febrero de 2020

ISBN: 978-607-07-6426-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Disney Mulan

Adaptado por Elizabeth Rudnick

Planeta
Junior



UNO



Hacía mucho que el sol se había elevado sobre el tulou chino que Mulán llamaba hogar. Parada en el centro del complejo circular compuesto por su casa y las de sus vecinos, estaba rodeada de los ruidos sordos de los aldeanos cercanos. Desde un balcón de un primer piso, una madre le gritaba a su hija que le llevara la ropa sucia. En una cocina en la planta baja, la cuchara de otra madre golpe-

teaba el costado de una olla mientras preparaba la cena. Desde la apertura entre los edificios que daba a la calle, Mulán podía distinguir los mugidos graves de varias vacas que iban a un nuevo lugar de pastura y el cacareo ocasional de alguna gallina suelta cuando sus pesadas patas pisaban peligrosamente cerca. Desde su casa, ubicada en el centro de todas las demás, Mulán oía el golpeteo constante del telar mientras su madre y su hermana menor hilaban tela.

El ruido no la distraía, había crecido con él. Había pasado todos los días de sus siete años junto al mismo puñado de aldeanos. En ese momento, los golpes y estruendos eran mero ruido de fondo para su misión: llevar a las gallinas a su corral.

Desafortunadamente, las gallinas no estaban de humor para que las pastorearan. Durante la última hora, Mulán y su padre, Fa Zu, habían estado tratando de mover al grupito de emplumadas de un lado al otro del patio. Cada vez que lograban que la mayoría caminara en la misma dirección, una se separaba y corría por su vida. Mulán tenía la frente perlada de sudor por correr frente a su padre intentando detener a las gallinas. Le estaba

empezando a doler el brazo por golpear el suelo con un palo para llamar su atención. De todos modos, tenía el paso alegre, y aunque su padre parecía querer acabar la tarea, ella seguía ansiosa por continuar. Le encantaban los retos. Y pastorear gallinas era uno muy grande.

—Tranquila, Mulán...

La voz de su padre era severa, pero amable. Levantó el rostro y vio los cálidos ojos cafés de Zu clavados en ella. Le regresó la sonrisa. Sabía que intimidaba a mucha gente en su aldea. Siempre caminaba con la frente en alto y el pecho henchido. Había sido un guerrero feroz, pero su cuerpo se había vuelto frágil con la edad. Tenía los hombros ligeramente encorvados y ya no tenía tanto cabello como antes. Sin embargo, aún transmitía confianza en sí mismo, a pesar de la cojera que lo obligaba a usar bastón. No obstante, para ella no era feroz ni imponente. Era su padre. Y lo adoraba.

A sus siete años, ella sabía que se suponía que debía pasar el tiempo ayudándole a su madre a mantener el hogar, pero no le interesaba hilar ni cocinar ni limpiar. La sola idea de esos quehaceres aburridos bastaba para hacerla bostezar.

A su hermanita Xiu le encantaban esas actividades, y era buenísima en ellas. Así que, Mulán había argumentado en más de una ocasión, emplearía mejor su tiempo si le ayudaba a su padre, porque él no tenía hijos que lidiaran con gallinas inoportunas, y dejar que Xiu trabajara con su madre.

Un fuerte cacareo la devolvió a su tarea. Como si se hubieran dado cuenta por fin de que el corral significaba comida y descanso, las gallinas empezaron a dirigirse hacia él en grupo. Mulán soltó un gritito de alegría que sobresaltó a una anciana, parada en el santuario que ocupaba el centro del patio comunal, que encendía incienso en la base de la gran estatua del ave fénix que dominaba el recinto. Al igual que el resto del complejo, el santuario había visto mejores días. Le faltaban tejas, y más de una duela estaba suelta. Sin embargo, la estatua seguía en buen estado. Para quienes vivían en la aldea, esa era la parte más sagrada e importante de su pequeño mundo. Era una representación de sus ancestros, una conexión con quienes habían estado ahí antes. Todos los hombres, mujeres y niños pasaban por lo menos una parte de sus días en el santuario,

disfrutando la tranquilidad y paz que les daba el lugar. Casi siempre.

Durante un instante, pareció que el trabajo de Mulán estaba terminado. Retrocedió mientras su padre azuzaba a las últimas aves hacia la puerta abierta del gallinero. Por el rabillo del ojo la chica vio a una alejándose del resto del grupo. Frunció el ceño. Volteó a ver a su padre. Zu estaba distraído, asegurándose de que todas entraran. No se percató de la fugitiva. Una expresión decidida se instaló en el rostro de Mulán. Se alejó en silencio, esquivando y rodeando a algunos vecinos mientras seguía a la gallina hacia el burdo edificio de madera.

Mantuvo su paso constante y lento. En su mente oyó la voz de su padre contándole, no por primera vez, el cuento de la liebre y la tortuga. Nadie había creído que la tortuga lenta y reflexiva pudiera ganarle una carrera a la veloz liebre. Sin embargo, mientras que la liebre se cansó por correr demasiado rápido, la tortuga avanzó lenta y segura hasta la meta. Había una parte de ella que sabía que debería ser como la tortuga: esperar y dejar que la gallina se diera cuenta de que tenía hambre y se fuera al corral sola. En cambio

la otra parte, la que era muy, *muy* mala para tomarse las cosas con calma y, al igual que la liebre, le gustaba correr a toda velocidad hasta la meta, no quería esperar.

Al ver que el ave se alejaba más y más, el corazón le empezó a latir con fuerza y comenzó a retorcer los dedos. Apuró el paso. Primero caminó más rápido, luego empezó a trotar y finalmente se soltó a correr detrás de ella. Al oír sus pasos, el ave soltó un potente graznido y corrió más rápido, aleteando sin control y soltando plumas por todos lados.

¡Era una carrera!

Mulán la persiguió por todo el patio. Cada vez que tenía las manos listas para agarrarla, la muy inoportuna la esquivaba hacia un lado y recobraba su libertad un instante más.

Al percatarse de lo que estaba haciendo su hija, Zu gritó:

—¡Mulán! ¡Olvídate de la gallina!

Sin embargo, ella no disminuyó el paso. No registró el hecho de que el ave se había dirigido de vuelta al gallinero a través del santuario hasta que estuvo dentro de la estructura circular. Ensimismada en el momento, siguió persiguiéndola

incluso cuando brincó aleteando torpemente sobre la estatua del ave fénix. Tomó vuelo y la siguió de un salto por encima de la antigua reliquia sagrada. Sus pies lograron pasar... pero no el palo que traía.

Con fuerte crujido, el palo se estrelló contra la gran ave de piedra y le desgajó el ala izquierda. Afuera del santuario, los demás aldeanos se distrajeron de sus tareas con el fuerte ruido, y contruvieron un grito colectivo cuando el ala cayó al suelo con un golpe seco. Habían ignorado las traversuras de Mulán. Hasta entonces.

Ella no se dio cuenta. Ya estaba afuera del santuario y corriendo detrás de la gallina por las escaleras que llevaban a un balcón en el primer piso del edificio. Al divisar a la niña corriendo, una joven madre, con su bebé abrazado contra el pecho, saltó para quitarse de su paso justo a tiempo para esquivarla. En su carrera, Mulán se agachó para pasar debajo de un cuenco de arroz sostenido por dos hombres... y se estrelló directo contra una mujer que estaba tendiendo ropa. La señora gritó mientras la ropa salía volando junto con más plumas.

—¡Mulán! ¡Contrólate!

Mulán disminuyó el paso al oír la voz de su madre. La vio parada junto a la puerta de su casa, de brazos cruzados y con el ceño fruncido deformándole su hermoso rostro. Junto a ella estaba Xiu. A diferencia de la de Li, su madre, la expresión en el rostro de su hermanita era de alegría mientras veía a Mulán (y a la gallina) corriendo hacia ellas por el angosto balcón que había afuera de su departamento.

Más allá, el ave había llegado al final del balcón y levantado el vuelo de nuevo. Sus alas cortas y su cuerpo pesado impidieron que llegara lejos, pero sí alcanzó el tejado, de donde volvió a despegar. Mulán recobró su paso veloz original y no se detuvo, ni siquiera conforme se acercaba al final del balcón. En el último instante, estiró la mano y se agarró de un tendedero. Lo trepó con rapidez hasta llegar también a la cima del techo inclinado.

Se detuvo de pronto, con los pies haciendo equilibrio en la cumbre del tejado. Frente a ella, la exuberante campiña verde se extendía hasta el horizonte. El pasto de las colinas se mecía con el suave viento, como olas en el agua. Contuvo el aliento. Qué grande era el mundo, qué lleno de vida. Deseó, y no por primera vez, irse a explorar

lo que había más allá del horizonte, pero no tendría manera de irse nunca. Su vida, su destino, estaban atados al edificio sobre el que descansaban sus pies. Y, como le gustaba decir a su madre, no se puede escapar al destino.

¡Cucú!

El cacareo burlón de la gallina arrebató a Mulán de lo imposible y la devolvió al presente. Entrecerró los ojos y empezó a avanzar por el techo. Abajo, el grupo de aldeanos, que se había acercado al patio por el ruido del ala de la estatua del ave fénix al caer, la miraba con el horror y la desaprobación pintados en el rostro. Algunas de las mujeres mayores susurraban entre sí, sin preocuparse por mantener en silencio su tono de decepción.

Como si hubiera decidido que se había acabado el juego, la gallina se detuvo, se acercó al borde del tejado y, con un aleteo rápido, planeó hasta el suelo. Soltó un último cacareo y entró tranquilamente al gallinero.

Al verla, Mulán asintió satisfecha. Abajo, su padre se apresuró a cerrarle la puerta al ave problemática. Mulán se sintió orgullosa. Por lo menos había logrado evitar una crisis.

Cuando su padre volteó a verla, se dio cuenta de que aún tenía un problema por resolver. Había logrado subirse al techo, pero ¿cómo se iba a bajar? Midió a ojo la distancia entre donde estaba y el punto mucho más bajo en el que había aterrizado la gallina. Se llenó de decisión y apretó los puños.

—Mulán —le dijo su padre, al reconocer esa expresión—, escúchame muy bien. Respira profundo para calmarte y luego desciende lento, muy lento.

Los ojos de la niña no se separaron del gallinero ni del ave infractora que había dentro.

—Muy lento —repitió su padre—. ¿Entendiste?

Mulán no contestó de inmediato. Sintió como si el tiempo se hubiera detenido. El viento había dejado de soplarle en las mejillas, y todo lo que podía oír era el aire entrándole y saliéndole de los pulmones y los latidos del corazón en el pecho. Le hormigueaban los pies, ansiosos por moverse. Un paso más y podría saltar. Un paso más y, al igual que la gallina, volaría. Entonces el tiempo recobró su paso. La brisa volvió a revolotearle contra el rostro. Negó con la cabeza y dejó que su mirada se

separara del gallinero, que recorriera la multitud y volviera hacia su padre.

—Sí —dijo.

Zu empezó a sonreír, pero su sonrisa se convirtió en grito ahogado cuando Mulán dio un paso nada lento hacia el frente. En su prisa, trastabilló en el tejado resbaladizo. Extendió los brazos y los agitó con desesperación para intentar recobrar el equilibrio, pero era demasiado tarde. Estaba demasiado desestabilizada. El grupo reunido debajo de ella contuvo un grito al verla caer.

Durante un instante horrible, Mulán estuvo segura de que iba en picada hacia su muerte.

Entonces se le aclaró la mente. Le volvió la misma sensación del tiempo al detenerse y, como si un haz de luz se la señalara, percibió una viga solitaria que sobresalía de uno de los balcones. Contorsionó su cuerpo de una manera que parecía desafiar a la gravedad, dejó de agitar los brazos y extendió una mano segura para agarrarse de ella. La usó para detener su caída. Su cuerpo dejó de caer y empezó a balancearse como un péndulo alrededor de la viga. Cuando sintió tener el control suficiente, se soltó y dio una ma-

roma en el aire. Cayó sana y salva en el suelo... y de pie.

Sin un rasguño, miró a la multitud a su alrededor. Mulán tenía los ojos brillantes, y las mejillas sonrosadas de la emoción y el orgullo de haber logrado su aterrizaje.

Y luego volteó a ver a su padre. Zu no dijo nada. No le hizo falta. Tenía lo que pensaba bien visible en el rostro. Lo que acababa de hacer, el daño que había causado y el peligro en el que se había puesto eran demasiado. Lo había decepcionado.

Dejó de sonreír.



DOS

Mulán estaba sentada detrás de Xiu, cepillándole el largo cabello negro sin poner mucha atención. La niña estaba callada, perdida en sus pensamientos. No le molestaba el silencio. Su propio cerebro estaba ocupado y ruidoso.

Todo lo que podía ver era el rostro de decepción de su padre. La perseguía como una pesadilla de la que no podía despertar,

la hacía sentirse temblorosa e incómoda. Lo último que querría hacer en el mundo era lastimar a su padre. Sin embargo, no había tenido opción. O, por lo menos, eso era lo que se decía. No había manera en la que su padre hubiera podido perseguir a la gallina, no con su pierna débil. Aunque hubiera sido un héroe de guerra, su lesión evitaba que trabajara tan duro como quisiera en la aldea. Ella tan solo había querido ayudar.

Y, de alguna manera, parecía que había hecho justo lo contrario.

—¿Mulán? —La vocecita de Xiu interrumpió sus pensamientos.

Detuvo su mano y dejó el cepillo flotando sobre el cabello de su hermanita mientras esperaba a oír lo que quería decirle.

—¿Qué pasó cuando te caíste del techo? —le preguntó.

Mulán no necesitaba preguntar a qué se refería. Había sentido algo... raro... mientras caía por el aire. Como si su mente hubiera visto un paso más allá y su cuerpo hubiera sabido qué movimientos tenía que hacer antes de que siquiera se diera cuenta. Pero no iba a admitir lo que pensaba en voz alta... sobre todo no a su hermanita.

—Estaba persiguiendo a esa gallina traviesa —prefirió decir mientras continuaba cepillándole el cabello.

Debajo del cepillo, Xiu negó con la cabeza.

—No —insistió—. Cuando te resbalaste. Por un instante fue como si fueras un pájaro...

La voz de la niña se fue apagando.

Mulán frunció el ceño, sorprendida por la astuta observación de su hermanita. Tenía razón. Sí se había sentido como un pájaro. Mientras se zambullía y se columpiaba en la viga, no había sentido miedo. Se había sentido viva. Más que nunca. Había sido como un pájaro volando por el cielo, jugando en el viento. No una gallina torpe, sino una grácil ave de presa.

¿Cómo era posible? No se había atrevido a pensarlo hasta entonces, pero sabía que apenas se había salvado de lastimarse... o algo peor. De alguna manera, lo que quiera que fuera esa sensación la había salvado. Y eso sonaba raro. Lo que significaba que no había manera en la que se lo dijera a su hermana, porque definitivamente iba a pensar que era extraño. Así que cambió de tema.

—Xiu —le dijo, y detuvo su mano—. No entres en pánico: tienes una araña en el cabello.

Xiu alzó los hombros hasta las orejas y volteó a ver a su hermana, con la preocupación arrugándole su carita inocente.

—Ya sabes que me asustan las arañas —dijo, y el labio inferior le empezó a temblar. Luego entrecerró los ojos—. No es una de tus travesuras, ¿verdad?

Mulán trató de no sonreír.

—No te muevas —le dijo—. Si te quedas muy quieta, la aplasto...

Se le fue apagando la voz cuando, desde el cuarto de abajo, escuchó la voz de su madre.

—La consientes —dijo Li, su potente voz llegó desde la sala.

Las hermanas se detuvieron para escuchar. Mulán cerró los ojos y contuvo el aliento. Podía ver a su madre y a su padre en su rutina nocturna: ella limpiando la casa mientras él se desvenaba lentamente la pierna. Solo que en esa noche en especial no lo estaban haciendo tan callados como de costumbre.

—No hay nada de malo en pastorear gallinas —replicó Zu.

Mulán oyó los pasos suaves y parejos de su madre al acercarse a su esposo.

—Ya sabes que no estoy hablando de gallinas —continuó—. Estoy hablando de su... de su espíritu audaz. No podemos fomentarlo.

—Mulán es joven —contraatacó Zu—. Todavía está aprendiendo a controlarse.

En su cuarto, Mulán se estremeció. Sabía que su padre tenía buenas intenciones, pero hablaba de ella como si fuera una potrilla salvaje, no su hija. Se removió en su asiento, deseando poder detener la conversación y a la vez curiosa por ver a dónde iría. No tuvo que esperar mucho tiempo.

—¡Pretextos! —exclamó Li, con voz frustrada—. Se te olvida que Mulán es una hija, no un hijo. Una hija brinda honor con el matrimonio.

—Cualquier hombre se sentiría afortunado de casarse con Mulán —comentó Zu.

Al oír la certeza en la voz de su padre, Mulán se mordió un labio. Quería ser la niña que él creía que era. Tal vez haber perseguido a esa gallina había sido un poco imprudente. Y tal vez debía de haberle hecho caso a su padre cuando le dijo que parara. ¿En serio sus actos tontos iban a arruinarle sus opciones de matrimonio en un futuro?

Como si pudiera oír sus pensamientos, Li continuó:

—Xiu no me preocupa. La Casamentera va a encontrarle un buen marido.

Mulán no necesitaba estar en el cuarto para imaginarse el ceño fruncido de su madre ni la manera en la que se frotaba las sienes con nerviosismo. Cuando habló otra vez, su voz sonaba triste, angustiada.

—La que me preocupa es Mulán. Siempre es Mulán.

Hubo otra pausa y luego siguió con una voz casi imposible de oír:

—Nada más no sé dónde encaje en este mundo. La sala quedó en silencio.

Mulán sintió los ojos de su hermana clavados en ella, pero se negó a alzar el rostro. Se le quedó viendo al cepillo en su regazo, frotándole ansiosa las cerdas. La voz de su madre le retumbaba en la cabeza. ¿Tenía razón? ¿No había un lugar para ella en el mundo? Soltó lentamente un suspiro tembloroso. Nunca se había sentido a gusto entre las demás niñas de la aldea, siempre era la primera en acabar en un charco de lodo o en rasgarse el borde de la blusa. Siempre se había sentido más cómoda con su padre en los plantíos que con su

madre junto a la estufa, pero nunca había creído que eso fuera malo... hasta entonces.

—No lo dice en serio —dijo Xiu.

Mulán se quedó callada. No estaba lista para hablar.

Pero si algo era su hermana, era decidida.

—Cuéntame de la araña —insistió.

—No hay araña —murmuró Mulán.

No estaba de humor para juegos.

—¿Cuántas patas tiene? —continuó Xiu, ignorando los gruñidos y el ceño fruncido de su hermana.

Mulán suspiró.

—Ya sabes que las arañas tienen ocho patas —contestó, incapaz de contenerse.

—No es negra, ¿verdad? —dijo Xiu, fingiendo estar asustada, como si de verdad tuviera una araña.

Esperó a ver qué hacía o decía Mulán, quien se le quedó viendo. La cara de Xiu seguía siendo inocente y estaba llena de esperanza, y aunque Mulán solo quisiera regodearse en su lástima un rato más, nunca había podido negarle nada. Estaba indefensa contra el enorme corazón de su hermanita. Así que empezó a asentir despacio.

—Sí, es negra. Con puntitos rojos —dijo, y la idea le fue entusiasmando conforme seguía—. Y lamento decirte que es inusualmente peluda. ¡Y va hacia tu cuello en este instante!

Estiró los dedos y le cosquilleó el cuello a Xiu. En respuesta, su hermanita soltó un chillido. El ceño fruncido se le desapareció por completo a Mulán y se permitió una sonrisa. Tal vez su madre no estuviera segura de su lugar en el mundo, pero en ese instante, lo que le importaba era hacer reír a su hermana y disfrutar el momento.

Ya tendría mucho tiempo para preocuparse por el futuro... después.



Desafortunadamente, después no fue lo bastante después. Con el corazón acelerado, Mulán se despertó de una pesadilla horrible en la que huía de una gallina de tamaño humano. Afuera, los rayos de luna iluminaban la noche. Se levantó, se acercó a la ventana y se asomó al patio.

En el centro, el santuario ancestral brillaba con los rayos de luz blanca. Tenía unas cuantas

velas ardiendo débilmente, lo suficiente para arrojar sombras sobre la estatua del ave fénix... y su ala faltante.

«Tal vez», pensó Mulán, «podría arreglarlo todo... si arreglara al ave fénix».

Salió de puntitas de su cuarto, bajó las escaleras y entró a la cocina; sacó de la alacena un cuenco grande y una piedra de moler. Las puso sobre la mesa y llenó el cuenco con las sobras del arroz pegajoso de la comida. Empezó a molerlo intentando no hacer nada de ruido. Los granos grandes se convirtieron en puré, y pronto lo había transformado todo en una pasta espesa y pegajosa. Satisfecha, tomó el cuenco y salió.

Al salir de la casa, una nube cubrió la luna y dejó el patio y el santuario en una oscuridad repentina. Mulán se detuvo un instante. Tal vez debería dejarlo así; tal vez ya había hecho suficiente daño. Entonces se movió la nube y el santuario volvió a brillar. El ave fénix, siempre congelada como si estuviera a punto de levantarse de sus cenizas, se veía coja con una sola ala. Mulán asintió. Iba a arreglar lo que había roto.

Entró al santuario y se hincó en el suelo. Levantó el ala quebrada y se la puso en el regazo.

Lenta y cuidadosamente, le untó la pasta espesa en el borde. Cuando todo el rostro estuvo cubierto, se paró y se acercó a la estatua. Se estiró y le puso el ala de vuelta. Se quedó quieta, con los dedos blancos por aplicar presión entre los dos puntos del ave, con la esperanza de sellar la grieta. Cuando estuvo segura de que había pasado el tiempo suficiente, quitó las manos lentamente, un dedo a la vez.

Se quedó esperando a ver si aguantaba.

Oyó pasos, pero mantuvo la mirada fija en el ave. Un momento después, sintió que su padre se paraba junto a ella. También tenía los ojos fijos en el ave fénix. Se quedaron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Mulán —dijo Zu por fin, su voz era casi un susurro, pero era firme—. No quiero que vuelva a pasar nunca lo que pasó hoy. —Se detuvo y volteó a verla. Como ella no volteó, le puso un dedo bajo la barbilla para alzarle el rostro—. ¿Entendiste? —le preguntó.

Mulán respiró profundo y asintió. Su padre sonrió, pero aún tenía decepción en los ojos. A Mulán no le gustó nada ver eso. Su mirada siempre había sido de amabilidad y admiración

cuando la veía. Incapaz de soportarlo más tiempo, se soltó y volteó a ver de nuevo al ave fénix. Mientras la miraba, el ala empezó a deslizarse.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de la huella que dejó lo que había hecho.

Sin hablar, Zu estiró un brazo y, con un poco de trabajo, puso el ala en su lugar.

—¿Sabes por qué el ave fénix está sentada a la derecha del Emperador? —preguntó sin quitarle los ojos de encima al ave.

Mulán negó con la cabeza.

—Es su guardiana. Su protectora.

—Pero la rompí —susurró Mulán.

Zu asintió.

—Ah, pero ¿sabías que es mitad macho y mitad hembra? Es hermosa y fuerte a la vez.

Se detuvo y miró a los ojos a su hija. Solo que ya no había decepción en su mirada.

—El fracaso no es fatal, Mulán. Esa es la lección del ave fénix. Lo que importa es que todos los días te levantes y sigas adelante. El ave fénix te va a cuidar. Ese es su trabajo. Tu trabajo es brindarle honor a tu familia. ¿Crees poder hacerlo?

Mulán se le quedó viendo a su padre. Nunca había oído esa versión de la lección del ave

fénix. Sí, le habían dicho que protegía al Emperador, pero ¿que la cuidara a ella? Eso era distinto. Si el ave mítica podía ofrecerle protección, lo menos que podía hacer era ofrecerle un sacrificio a su familia. Si eso implicaba seguir el ejemplo de su hermana y estar a la sombra de su madre, lo haría. Si eso implicaba dejar que se le escaparan las gallinas, que así fuera. Ella iba a hacer lo que le pedía su padre. Iba a hacer que su familia se sintiera orgullosa, y les iba a brindar honor, sin importar qué clase de sacrificios tuviera que hacer.

Tomó de la mano a su padre y caminaron de vuelta a casa. Detrás de ellos, el ala del fénix se separó de nuevo de su cuerpo de piedra.